

sentidos. Siendo Dios un Espíritu infinitamente elevado sobre toda sustancia material, primero reflejó su imagen en el mundo de los espíritus puros o angélicos; y luego hizo bajar, por así decir, un rayo más tenue de su poder en la creación sensible, que se extiende como por grados sucesivos hasta los seres más ínfimos.

Podemos preguntarnos por qué Dios quiso crear la materia, esa sustancia extendida y divisible, palpable y tosca, inerte e impotente, tan opuesta a la unidad, indivisibilidad, espiritualidad y virtud todopoderosa y siempre activa, que son las características propias de la naturaleza divina. ¿No le bastaba crear a los ángeles, cuya naturaleza sutil, etérea, una e indivisible, siempre en movimiento, es un vivo espejo de sus infinitas perfecciones? ¿Por qué este contraste? Respondemos: precisamente porque este contraste es una gran belleza.

Dios, al crear la materia, mostró que podía limitar su acción a un efecto bajo y humilde, a la vez que la desplegaba en los esplendores de las jerarquías angélicas; mostró que había una profunda distinción entre el simple existir, propio de la materia, y el tener vida, que es la esencia misma de los espíritus. De esta manera, ilustraba a la inteligencia sobre la naturaleza íntima de las cosas: el ser puede encontrarse sin la vida; la vida no es esencial a todo ser creado: es un beneficio especial que se añade al ser y lo corona. Al hundir sus penetrantes miradas en la extensión de la creación material, los ángeles alabaron a Dios por haberles dado no sólo el ser, sino también la vida, y la inteligencia, y la luz de la inteligencia. Al contemplar estos rudimentos apenas esbozados del mundo de los cuerpos, dieron gracias a su Creador de haberlos hecho, desde los albores de su existencia, tan grandes, completos y hermosos.

Al crear las cosas visibles como contraste con las cosas invisibles, Dios hizo relucir, junto a una ley de perfección, una ley de progreso. La **ley de la perfección** brilla en los ángeles, que fueron creados los primeros, naturalmente con miras a alcanzar el último término posible de la bienaventuranza de los seres creados. La **ley del progreso** se manifiesta en la creación material, que, sacada de la nada informe y sin consistencia, «*inanis et vacua*», se condensó, completó y animó bajo la acción persistente de Dios.

¿A quién no le llama la atención este contraste? Por un lado, las criaturas brotan en miríadas a la voz de Dios, todas refulgentes de luz, inundadas desde el primer momento de conocimiento y de amor; y por el otro, todo un mundo esbozándose lentamente bajo la paciente acción de Dios. La creación material aparece primero informe y tenebrosa; luego se ilumina; la vida comienza a aparecer en su seno; finalmente hace su entrada en la escena del mundo, como su rey, el hombre. Y el hombre, criatura inteligente, es el misterioso anillo que conecta el mundo de los cuerpos con el de los espíritus.

Y este primer hombre, que contiene a la humanidad en germen, es el tipo de otro Adán, el futuro Adán, el Dios-Hombre, el Cristo-Jesús, verdadero centro de toda la creación, a la que El reconduce enteramente a Dios, después de haberla redimido del pecado cometido por el primer Adán.

Padre Emmanuel André

La Creación (III)

7º Definición y clases del mal.

El mal, como hemos dicho, no existe como una sustancia; no es algo tangible. Es un defecto, un vacío, una nada, pero un defecto que corrompe un ser, un vacío que menoscaba una sustancia, una nada que insulta la virtud todopoderosa de Dios, que llena y penetra todas las cosas. Expliquémonos.

El mal, considerado en general, se puede definir como la carencia de una cualidad, allí donde esa cualidad se requiere para la integridad de un ser. Así, no es ningún mal que la mano no pueda ver, porque la mano no es el órgano de la vista, sino sólo del tacto. Sí que es un mal que esté privado de la vista el ojo, porque el ojo está hecho precisamente para ver. En el primer caso, la integridad del miembro no se ve perjudicada; en el segundo, sí.

Hay dos clases de males: el **mal físico** y el **mal moral**. El mal físico es un accidente que daña la integridad de un ser particular o de una cierta categoría de seres. El mal moral, o pecado, es una lesión del orden querido por Dios en los seres dotados de inteligencia y libertad.

8º El pecado, o mal moral.

Así como hay una integridad física, también hay una integridad moral, que consiste en que la voluntad, permaneciendo en el orden querido por Dios, mantenga dentro de él todas las facultades del alma. ¿Hay una ruptura total o parcial de este orden? Esa ruptura es el pecado. Por lo tanto, el pecado resulta de que la voluntad creada se desvía de algún modo de la regla establecida por la voluntad divina.

Ahora bien, está claro que Dios no es de ningún modo la causa del pecado. ¿Cómo sería el autor de lo que El castiga –se pregunta San Agustín–, el autor de lo que niega su bondad, de lo que insulta su poder, de lo que ignora su justicia, de lo que –si fuera posible– destruiría su Ser infinito? No, Dios no puede ser más autor del pecado que la luz serlo de la oscuridad.

Ni siquiera indirectamente puede Dios ser autor del mal moral, que está en absoluta contradicción con sus atributos divinos; es decir, «*a nadie le ha mandado obrar inicualemente, ni ha dejado un lugar para el pecado*», dice la Sagrada

Escritura (Eccli. 15 21). ¡Hermosa expresión! La creación, en todo su vasto seno, no tiene un lugar reservado para el pecador y el pecado. Eso quiere decir que la capacidad de pecar no es un poder otorgado por el Creador a su creatura; es un fracaso de la creatura, que se aparta de su Creador.

Por lo mismo, el pecado procede sólo de la creatura, que se aparta de la voluntad de Dios. Y, sin embargo, Dios permite ese alejamiento, ese fracaso de la creatura; lo cual significa que, sin autorizar el pecado, Dios no impide que suceda, por razones dignas de su infinita sabiduría.

Esa permisión –o más bien esa no intervención– de Dios, es uno de los grandes misterios del mundo. San Agustín lo explica en unas pocas palabras de profunda significación. «Dios –dice– no dejaría de ningún modo que existiera el mal, si no fuera lo suficientemente poderoso y bueno como para sacar de él un bien».

Dios saca el bien del mal, incluso de ese mal moral que se llama pecado: esta es la clave del enigma. Así como hay que ser infinitamente poderoso para sacar de la nada una cantidad inconmensurable de seres, así también hay que ser infinitamente sabio para hacer que incluso el pecado sirva al triunfo del bien, al triunfo de la eterna misericordia y de la eterna justicia.

Pero entendámonos bien. El mal nunca es, ni puede ser, la causa del bien; Dios no saca el bien del mal, al modo como sacó en el quinto día peces y pájaros del seno fértil de las aguas primitivas. Saca el bien del mal, por modo de reacción y de contraste; y en este sentido se puede decir que el mal se convierte en la ocasión del bien. Así, el pecado de Adán ocasionó, como remedio, la Encarnación de Nuestro Señor, lo cual hace decir a la Iglesia: «Oh realmente necesario pecado de Adán... ¡Oh feliz culpa, que nos mereció un tal y tan grande Redentor!» (EXULTET DEL SÁBADO SANTO). Del mismo modo, la crueldad de los tiranos –dice Santo Tomás– hace relucir la paciencia de los mártires; la sutileza de las herejías pone de relieve la doctrina de la Iglesia, etc.

Intentemos ahora indagar algunas de las razones por las que Dios, en su sabiduría, ha dejado que el pecado suceda:

1º *El pecado muestra cuán sujeta a fallas está la creatura; y por consiguiente, saca a relucir este privilegio de la naturaleza divina de ser absolutamente indefectible.*

2º *Tan pronto como algunas criaturas caen, las demás quedan advertidas de que han de apoyarse en Dios para no caer, y dar gracias a Dios si no caen.*

3º *La justicia de Dios se muestra en el castigo del pecador; y por este castigo el pecador, que se apartaba del orden, es conducido de vuelta al orden.*

4º *La redención del pecado ha pasado a ser, en el consejo del Todopoderoso, una obra tan admirable, que la creación del mundo queda como eclipsada.*

Así es como, a pesar de prohibir el pecado, y de no concederle ningún lugar, Dios ha dejado que sucediera. Quería mostrar con ello que su bondad todopoderosa no podía ser vencida por la perversidad de sus creaturas, según estas palabras de los Santos Libros: «Comparada con la luz, la Sabiduría prevalece sobre ella; porque a la luz le sucede la noche, mientras que la malicia jamás vence a la Sabiduría» (Sab. 7 30).

9º El mal físico.

Después de hablar del mal moral, digamos algo sobre el mal físico. Por él queremos decir que algunos seres se ven dañados, y aun destruidos, y que el orden y gobierno del mundo sufre ciertas perturbaciones.

Dios no es autor directo del mal físico, ya que, al querer un ser, lo quiere íntegro y completo, y capaz también de alcanzar la meta de su existencia. Pero se puede decir que El es su autor indirecto, porque ha establecido leyes por las cuales se permiten ciertos males relativos por el bien del todo.

Así, hay en el mundo una gran ley de equilibrio, según la cual las diferentes especies del reino vegetal y animal se limitan mutuamente por una destrucción parcial que les impide invadirlo todo. Dios, a la vez que establecía una ley de propagación indefinida, introducía una corrección a esta ley; y si esa ley era digna de la bondad de Dios, la corrección era digna de su sabiduría.

Por este motivo, lo que llamamos *mal físico* no es propiamente un mal, a no ser que califiquemos así la tala de un árbol o la siega de un prado. Por mal físico, podemos entender también el castigo del pecado. Ahora bien, aun este castigo, que procede de la justicia divina y restablece el orden, es en sí mismo *un bien*; y, por lo tanto, nada repugna que Dios sea su autor.

En resumen, el mundo físico, con sus contrastes de luz y oscuridad, sus alterancias de producción y destrucción, sus vicisitudes de revoluciones siderales y estaciones anuales, es un reflejo del mundo moral donde el bien y el mal luchan entre sí, donde la vida espiritual lucha contra la muerte del pecado, donde la existencia humana gravita en torno a Jesucristo, el único Redentor. Y de estos combates, de estas muertes seguidas de resurrección, y de estos cautiverios seguidos de redención, emerge la gloria de Aquel que «*ha hecho todas las cosas por Sí mismo, y aun al impío para el día malo*» (Prov. 16 4).

10º Cielo y tierra.

El universo, es decir, el conjunto de las creaturas, en medio de la diversidad de las partes que lo configuran, forma una unidad grandiosa. Esta *unidad* de la Creación resulta de que los seres que la componen provienen todos del único Ser por esencia, que es Dios, y de que todos comulgan en ese ser que todos han recibido de Dios, desde el ángel hasta el mosquito. Asimismo, su *variedad* resulta de la mayor o menor perfección con que participan de ese ser que les ha sido otorgado, distribuyéndose a lo largo de una gran escala ascendente, por la cual, cuanto más se sube, más se ve brillar en las creaturas el reflejo divino.

El universo, pues, como su nombre indica, es uno. Sin embargo, desde las primeras palabras del Símbolo, se nos presenta como dividido en dos grandes partes: «*el cielo y la tierra, las cosas visibles e invisibles*». Esta es, de hecho, la gran división de lo creado. Primero está el mundo de los espíritus puros, o ángeles, que escapa a nuestros ojos; luego está el mundo de los cuerpos, que impacta nuestros